

Dice una voz popular...

Hugo Rafael Chávez Frías (Sabaneta de Barinas, 1954 - Caracas, 2013) entró formalmente en la historia venezolana un 4 de febrero, del que hace poco se cumplieron 29 años, para quedarse en ella por siempre. Pero el personaje que en esa fecha irrumpió atronadoramente en la vida pública del país había transitado un extenso camino desde su humilde origen en un pueblo de nuestro llano hasta el umbral de la eternidad. La trepidante y variopinta trama de su itinerario personal quedó fijada al detalle en su mente, como una extensa red de episodios vitales, sueños y añoranzas de redención para su pueblo.

De palabra facilísima y memoria prodigiosa, Chávez fue el relator de su propia vida, en primera persona. Y lo hizo con sabiduría, sensibilidad, humor y pasión. Fue, sin duda, un excepcional cultor de la oralidad, el hilvanador de un anecdotario que entremezcló historia personal con los innumerables avatares de una nación y su proyección hacia un devenir más justo, solidario y humano.

La familia, la infancia, el beisbol, los sueños de juventud, las querencias, la firmeza y el compromiso indeclinable con su ideal de patria son solo algunos de los temas y las pasiones que frecuentó Chávez en su discurso llano, certero y esencialmente humano, que los periodistas Orlando Oramas y Jorge Legañoa compilaron en *Cuentos del Arañero* y del cual hoy reproducimos cuatro fragmentos, como recordatorio del octavo aniversario de la partida física del Comandante Eterno.



## CRÓNICAS DE PELOTA

Hugo Chávez Frías

### *Batear pa'l topochal*

A veces uno era palo y palo. Cuando un equipo está perdiendo diez a cero, les entran a palo a todos los pitchers; el equipo se desmoraliza. Aquellos juegos se convertían en una masacre, pues. Por eso pusieron el nocaut, ¿no? En la pelota sabanera a veces uno metía 40 carreras. Adrián Frías, mi primo, al que llaman "el Guache", era el más grande de todos nosotros e impuso la norma de que cuando la pelota se pierde en el topochal, pues uno da carrera y carrera hasta que aparezca. Adrián era vivo porque, como es zurdo, bateaba para el lado del topochal.

Nosotros éramos una pila de carajitos, como de diez y once años, y ya él era un muchacho de catorce. Como yo soy zurdo también aproveché la regla esa. Uno bateaba con una tablita así, ¡pum!, pa'l topochal. Una vez anoté como 12 carreras; no aparecía la pelota, había caído encima de una mata de topocho y mi hermano Adán buscando la pelota. Adán también es zurdo, así que también bateaba para ese lado del topochal. ≈

*Fin*

### *El "Látigo" Chávez*

Nunca olvido que ese fue uno de mis sueños. Detrás del ejemplo del "Látigo" Chávez. Isaías Chávez, a quien yo admiré tanto y que murió en el año 1969 cuando iba hacia las Grandes Ligas. El "Látigo" tenía 23 años cuando cayó aquel avión, allá en Ziruma. Era un domingo, me levanté un poco tarde. A mí se me vino el mundo. Tenía, catorce años y el sueño de ser como el "Látigo" Chávez.

En ese tiempo uno no veía televisión. Uno oía los juegos por un radiecito de pila. Nos poníamos en grupo los vecinos a oír el juego. Yo le seguía la pista al "Látigo" en una revista llamada *Sport Gráfico*. Al "Látigo" Chávez lo



operaron de una calcificación en el codo del brazo de lanzar, comenzando el 68. Así que en esa temporada no jugó. Iba al dogaut y aparecía por ahí. De vez en cuando trotaba con el Magallanes. Así que lo extrañamos mucho el año 68, bueno y no volvió. Se fue para siempre.

Una noche, en 1967, jugando contra el Caracas, estábamos ahí en la placita Rodríguez Domínguez, oyendo el juego, caraquistas y magallaneros. Ahí estábamos todos, vecinos y amigos. Mi papá pues, furibundo magallanero. Caracas tenía tres en base sin out. Aquella noche fue de gloria para nosotros los magallaneros y especialmente los chavistas. Resulta que traen al "Látigo". Era un muchacho, veinte años tenía. Venía de un nacional

de beisbol donde representó al Distrito Federal, en Margarita. Allá se ganó el apodo del "Látigo", porque levantaba muchísimo la pierna, a lo Juan Marichal. Un señor puertorriqueño me dijo: "Yo no recuerdo cómo se llamaba aquel muchacho, pero le decíamos 'el Juan Marichal venezolano', en Dominicana, en Puerto Rico, en todo el Caribe.

Entonces al "Látigo" Chávez lo traen a relevar, creo que en un quinto inning. Tres en base tenía el Caracas y venía la toletería. Imagínate tú: Víctor Davalillo, José Tartabul y César Tovar, que en paz descanse. Ese era el trío. Y el "Latiguito" los ha ponchado a los tres en fila. Nunca lo olvidaré. Nosotros pegamos gritos aquella noche. Terminamos peleados con los caraquistas en la esquina. ≈

*Fin*

# MAISANTA

Hugo Chávez Frías

El abuelo de mi madre llegó a Sabaneta, venía de las guerras de fin del siglo. Cargaba este escapulario. Le hemos calculado como ciento cincuenta años, porque era del papá de Maisanta, de Pedro Pérez Delgado. El papá de Pedro Pérez Delgado se llamaba Pedro Pérez Pérez. Esta es una cruz, solo que una cruz de espadas, apenas se ve. La otra es el escudo de la Virgen del Socorro. ¿Quién fue Pedro Pérez Pérez? Yo me puse años y años a investigar esa historia, buscando papeles, grabando cosas y además preguntándoles a los viejos por estos pueblos. Después perdí documentos, pero yo tenía como cincuenta casetes, de aquellos viejos. Uno andaba con un grabadorcito, y les hacía entrevistas a ancianos, a viejos soldados, viejas mujeres, viejos hombres de comienzos del siglo pasado que todavía vivían veinte, treinta años atrás. Bueno, Pedro Pérez Pérez era un indio guariqueño. Se fue a la guerra detrás de Zamora.

¿Y por qué Zamora se fue a la guerra? Bueno, como consecuencia del fracaso del proyecto de Bolívar. Fue una nueva revolución de los pobres. Y con él se fue Pedro Pérez Pérez. Mataron a Zamora en 1860 y Pedro Pérez Pérez se fue a Ospino. Allí se casó con Josefa Delgado. Y tuvo dos hijos: Petra Pérez Delgado y Pedro Pérez Delgado. Así cuenta mi tía Ana, la tía de mamá. Allí está, noventa y cinco años cumplió. Yo la llamo de vez en cuando. Hace poco la mandé a buscar para que conociera a una hija de Emiliano Zapata, tienen la misma edad. Porque Pedro Pérez fue como un Emiliano Zapata, como un Pancho Villa, fueron los últimos de la caballería que salieron lanza en mano, machete en alto a decir ¡Viva la Patria! fueron los últimos de a caballo. Ese fue tu abuelo. Era el padre de Rafael Infante, tu padre, nuestro abuelo, y de Pedro infante a quien yo conocí ancianito, en Guanare, poco antes de morir. Tú tío, mamá, era igualito al padre, alto, blanco; eran catires, pelo amarillo. Le decían "el Americano". Por eso viene mi madre y su estirpe criolla, pero blanca. A mi madre le decían "la Americana" cuando era niña.

Eso me lo contaba Chuchito Navas en Sabaneta, una tarde, ya viejito, poco antes de morir, y tío Julián; con ellos hablé yo mucho. Yo tenía esa cinta. ¡Dios mío! Adán, ¿tú no sabes dónde está? Se la llevó el huracán. Eso valía



oro para mí. Tío Julián me contó una tarde en Sabaneta, testigo de esto es Miguelito González, mi cuñado. ¿Tú sabes cómo se llamaban los perros de Maisanta? Perrondongo y La Chuta, dos perros cazadores. Y su caballo se llamaba Bala, un caballo negro, cuando vivía en La Marqueseña y era coronel. Él era uno de los hombres de Cipriano Castro, y ahí está la historia, pues. Yo fui consiguiendo el camino, investigando, preguntando, dije: "¿Ah?, ¡ahora entiendo!". Uno oía allá lejos que hablaban de un tal guerrillero, un asesino, un bicho malo, un abuelo malo. Descubrí la verdad ya siendo soldado. ¿Ah?, ¿qué bicho malo era? no era ningún bicho malo. Maisanta fue ascendido a coronel por el mismísimo Cipriano Castro, porque cuando en 1899 Castro se vino con Juan Vicente Gómez, con 60 hombres de a caballo, con machete, desde allá desde el Táchira, pasaron por aquí. Maisanta vivía en Sabaneta. Ahí se había venido porque había matado a un hombre. Le metió cuatro tiros a un coronel de apellido Masías, en Ospino, porque le preñó a la hermana y no reconoció la barriga. Era un carajito de quince años, le metió cuatro tiros. Ya había muerto el viejo Pedro Pérez Pérez. Tuvo que irse, porque si no lo matan, y se metió a la guerra.



En 1896 se alzó un general que era amado por los pueblos. Se llamaba José Manuel Hernández. La primera campaña electoral que hubo en Venezuela de pueblo en pueblo, la dirigió José Manuel Hernández. Perdió los dedos de un machetazo en una batalla, el "Mocho" Hernández. Era la Venezuela que buscaba caminos después de la tragedia de haber echado de aquí al padre Bolívar, matado a Sucre, y la tragedia de 1830. Y el "Mocho" Hernández ganó las elecciones, se las robaron. Se vino pa'l monte. Se disfrazó de cura, se vino para los llanos. Cerca de San Carlos armó un ejército y lanzó la revolución de Queipa. Pedro Pérez

Delgado tenía diecisiete o dieciocho años, huyendo con este escapulario, y se hizo soldado. Esa revolución fracasó, el "Mocho" fue hecho preso, se lo llevaron para Caracas. Pedro Pérez Delgado, el muchacho, se monta en una carreta de mula con Natalio Menoni, que comerciaba desde Valencia por todos estos llanos. Llegó a Sabaneta de ayudante de carretero, tenía menos de veinte años. Era 1897-1898. Allí comenzó a trabajar con Natalio Menoni, Julia Rache. ¿Papá conoció a Julia Rache, viejita? ¡No la conoció! Mi abuela, a lo mejor. Yo como que los hubiera conocido, porque me echaron los cuentos de cómo era Julia Rache, que tenía grandes cafetales por la costa del Padre Vieja, y por aquí por las montañas de Mijagal, que era todo esto. Era una montaña impenetrable, había tigres, jaguares, leones, todo eso me lo contaban, y me imaginaba de muchacho que vivía aquel tiempo. Eso me fue llenando de pasión. Me fui consiguiendo el fuego por los caminos y de repente me hice un incendio, ¡pum!, y aquí voy. Cogí conciencia de qué llevo en la sangre. Cuando agarré un fusil dije: "¿Pa' qué es este fusil, carajo?, ¿pa' defendé a los traidores o pa' defendé al pueblo? Y aquí estoy. ¡Es pa' defendé al pueblo!"

Bueno, pues el "Mocho" se alzó en Queipa, ahí cerquita de El Pao, de San Juan Bautista. Joaquín Crespo, que era guerrero, era jefe del ejército, no era pendejo. Él entregó la Presidencia pero se quedó de jefe del ejército. Eran hombres de batalla y él mismo se vino comandando un ejército a buscar al "Mocho" Hernández. Y en la primera escaramuza, los primeros tiros, cayó muerto el ex presidente Joaquín Crespo. Lo mató un francotirador. Como ya iba a entrar en batalla, se bajó de la mula y se estaba montando en el caballo blanco alazano. En el momento en que está montando el caballo, ¡pum!, cae muerto el jefe del ejército, el ex presidente. El último caudillo. Cuando cae Crespo, el país se anarquiza, surgen caudillos por todos lados. Él era el que mantenía aquel caudillaje controlado, y el país entra en un caos terminal. Hubo como cuatro guerras. Se alzó Ramón Guerra, se alzó el otro en Guárico, se alzaron por aquí y Venezuela se convirtió en un maremágnun, y en ese maremágnun surgieron Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

Mire, sesenta hombres se vinieron desde territorio colombiano. Castro era el líder, Gómez era el que tenía dinero porque era un hacendado. Por aquí pasaron, ¿y saben quién se pegó? Pedro Pérez Delgado, que buscó un caballo, a lo mejor el caballo Bala, y otro grupo de llaneros de aquí y se fue con ellos y peleó en Tucuyito, donde hirieron a Castro, quien entró en Caracas con un tiro en la pierna, y tomó el Gobierno. Era 1899. ¡Terminaba el siglo diecinueve! A los pocos meses, Pedro Pérez era coronel, y Castro lo mandó como jefe civil y militar de toda esta zona, desde Bonoito hasta Puerto Nutrias, incluyendo parte de Apure. Y mandó un buen general a Barinas, Juan José Briceño, pacificador de los llanos.



Y así pasaron los años. Era 1900 y Pedro Pérez se arrojó con tu abuela, la Claudina infante. En La Marqueseña vivían ellos. Esas tierras eran del viejo Severo Infante, el papá de Claudina. En 1903 nació el mayor de los hermanos, que era Rafael. Por eso yo me llamo Rafael, por mi abuelo Rafael, aunque no lo conocí. Y además, Pedro Pérez Delgado se llamaba Pedro Rafael. Por eso es que a uno le puso Pedro, su primer nombre, y al otro de sus hijos le puso Rafael. Y así nacieron Pedro Infante y Rafael Infante. No les dio el apellido. Me contaba tu tío Pedro, anciano ya, allá en Guanare, que ellos recibían cartas que él les mandaba de las guerras de Apure, diciéndoles: "Firmen con mi apellido, firmen Pérez". Pero nunca hubo un documento legal que reconociera el apellido y ellos se quedaron Infante.

Pasaron los años, 1904, 1905, 1906, 1907, la oligarquía de Caracas contra Cipriano Castro, los gringos contra Castro. Y llegó 1908, rompen relaciones Caracas y Washington. Se enferma Cipriano Castro. En diciembre se fue Castro para Europa a operarse de los riñones, y lo tumbó Gómez. Bueno, no lo tumbó Gómez, lo tumba-

ron los gringos. Los yanquis se adueñaron de Venezuela, del petróleo. A los pocos meses, en Sabaneta había reuniones. Uno de los líderes: Pedro Pérez Delgado. Un italiano, "musiú" Mauriello, de izquierda, revolucionario de los Mauriello que por ahí andan. Lo mandaron a buscar, lo mataron, machetea'o en la costa del caño allá del Boconó. Lo dejaron tirado ahí; vino alguien a avisarle a Pedro Pérez: "Mataron a musiú Mauriello". Esa noche Pedro Pérez buscó cuarenta de a caballo, buscó los machetes, buscó los fusiles, se vino pa' Mijagal. Por aquí por Santa Rosa, emboscó al coronel Colmenares, que era el coronel gomecista que mandaron para sustituirlo. Lo emboscó a machete. Fue la vez que se disfrazó de vendedor de taparas de miel, una batalla a machete. Por aquí cerca fue, y más nunca volvió a Sabaneta. Cogió camino pa' allá, cruzó el Apure y comenzó la leyenda de Pedro Pérez Delgado. Hasta 1922 estuvo alzado, como dice la canción de Cristóbal Jiménez. Cayó preso y, cuando tenía apenas cincuenta años de edad, murió envenenado en el Castillo Libertador, en Puerto Cabello. Dicen los que estaban ahí que salió con un dolor. No aguantaba, se quitó el escapulario, lo lanzó a la pared y dijo: "Maisanta, pudo más Gómez". Y cayó muerto.

Yo cuento esto no solo para mis amigos, no solo para mí mismo y mis compañeros, sino para que ustedes, yanquis, sepan bien qué es lo que hay aquí dentro: conciencia y fuego que nada ni nadie podrá apagar mientras viva. Y mientras yo viva, este fuego y esta conciencia estarán al servicio de la Revolución Bolivariana, de la liberación de Venezuela, de la independencia de Venezuela, de la grandeza de Venezuela.

Ya basta, no solo de traiciones; ya basta de pactos con la oligarquía, ya basta de derrotas, compatriotas. Llegó la hora definitiva de la gran victoria que este pueblo está esperando desde hace doscientos años. ¡Llegó la hora!, no podemos optar entre vencer o morir. Nosotros estamos obligados a triunfar, y triunfaremos. ~

Fin



# LES METIMOS DURO A LOS GRINGOS

Hugo Chávez Frías

**E**n una ocasión recuerdo que me salí de un aula militar, me iban a sancionar, bueno, me salgo de aquí. Estábamos haciendo el curso de Estado Mayor y trajeron como sesenta gringos. Era parte del plan del Gobierno de aquel entonces para tratar de influir en nosotros y frenar la rebelión que ya venía, palpitaba. Era casi que abierto el enfrentamiento en las aulas, en los cuarteles, con los bolivarianos. Ya nos llamaban los bolivarianos, y nos dábamos el lujo incluso de enfrentar a superiores en discusiones sobre Bolívar y la política nacional. Recuerdo en ese curso que me paré a defender a las empresas de Guayana, porque llevaron a un expositor, economista y tal. ¿A qué?, a vendernos a nosotros los militares la tesis de la privatización. Recuerdo que defendí esto que ahora con orgullo estamos ayudando a rescatar. Uno luchaba en silencio ahí dentro, ¿no? A mí me da mucho sentimiento decir esto y recordar, porque, ¡oye!, cuántas cosas pasaron, cuántas batallas chiquitas, silenciosas que nos fueron llevando a lo que nos llevó aquello.

Entonces una vez vienen esos gringos, y nos pusieron a jugar a la guerra. A mí me ponen de oficial de operaciones de una parte, y los gringos de la otra. ¡Les metimos duro en el juego de la guerra! A mí me andaban vigilando, yo era un objetivo psicológico y de investigación allí en el curso. Esos gringos eran casi todos sociólogos, psicólogos. Militares, pero casi todos asimilados, analistas políticos, disfrazados ahí. Era una labor de inteligencia descarada, delante de nosotros. Yo lo sabía y llegué a decirlo en alguna reunión. Bueno, así que hicimos un juego de guerra ahí y les metimos medio pa' los frescos en el juego de la guerra. Les tomamos hasta la retaguardia a los gringuitos esos. Entonces se me acerca uno, un coronel: "Comandante, ¿usted cómo es que se llama?". "Yo soy el comandante Chávez". Me dijo: "Usted es bien agresivo pa' jugar a la guerra". Porque yo era el que tomaba decisiones operacionales, y les clavé cuatro batallones de tanques por un flanco, compadre, "¡ra, ra, ra!", y les metimos los tanques hasta el fondo, hasta que se rindieron pues. Un juego, pero que tiene su ciencia y su arte, como jugar



un ajedrez: la audacia y la estrategia. Y no era yo, sino un equipo. Estaba Ortiz Contreras ahí en ese equipo, que en paz descansa, mi compadre Ortiz. Jugamos softbol y los matamos, les ganamos por nocaut. Tenían a un gringo ahí, así grandote, que pulseaba y le ganaba a todo el mundo. Le dije yo: "A mí me vas a ganar, pero a que no le ganas a mi compadre Urdaneta". Lamento mucho lo que ha pasado, pero fue un gran amigo, un hermano fue Jesús Urdaneta. Él a lo mejor se pone bravo porque yo lo nombro, pero no importa, hace poco murió su papá, me dolió mucho, el viejo Urdaneta. Bueno, pero yo tengo los recuerdos, pues. ¿Quién me los va a quitar? Nadie me va a quitar mis recuerdos. Es como cuando uno amó a una mujer. Me podrás quitar todo, pero mis recuerdos no me los quita nadie. Los amigos de verdad que pasaron, uno los tiene aquí como recuerdo.

Entonces le dije al gringo: "Mira, ¡ah!, tú andas ahí fanfarroneando". Estaba tomando cerveza en el casino, allá en Fuerte Tiuna. Le digo: "A que tú no le ganas a mi compadre Urdaneta". "¿Apostamos?" "Epa, Jesús Urdaneta.

Ven acá, compadre. Mira, este gringo dice que te va a ganar pulseando". "¿A mí?", "¿quién me gana pulseando a mí?". ¡Ajá! Y todo el mundo rodeó a los dos. Urdaneta que se le reventaban... Yo dije: "Voy a ser culpable de que se muera Urdaneta". Porque aquel gringo era un gigante, chico, y Urdaneta es un hombre fuerte pero no es un gigante, pero con una gran voluntad, sin duda. Ojalá se mantenga siempre así para cosas buenas. Entonces Urdaneta, y todos nosotros aplaudiendo. A Urdaneta las arterias parecía que se le iban a explotar, vale, pero aquel hombre nada. Hasta que el gringo empezó, miren, a "culipandear". ¡Pum! ¡Le volteó Urdaneta la mano al gringo! Les ganamos en todito a los gringos esos. Están muy equivocados los que andan diciendo por ahí: "Una invasión gringa, una invasión de Estados Unidos y no duraría cuatro horas la guerra". O "los Estados Unidos controlarían este país sin necesidad de poner una bota aquí". No lo controlarían ni con un millón de botas. ¡A este país no lo controla nadie! ¡Solo los venezolanos podemos echar este país adelante!, ¡solo nosotros podemos hacerlo! ~

Fin

## Orlando Oramas León

(La Habana, Cuba, 1959). Licenciado en periodismo por la Universidad de La Habana. Periodista del diario *Granma*. Autor de títulos como *Raúl Roa, Periodismo y revolución*, 1983; *Corresponsal en Nicaragua*, 1989, y *Pohanoóra: cubanos en Paraguay*, 2006.



## Jorge Legaña Alonso

(Camagüey, Cuba, 1982). Licenciado en periodismo por la Universidad de La Habana. Colaborador en diversos medios de comunicación masivos cubanos y extranjeros.



LOS COMPILADORES